

# La ciudad, un organismo vivo: una mirada desde el concepto y la literatura

## The City: A Live Organism A View from the Concept and Literature

Nana Rodríguez Romero\*

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Grupo de Investigación: Rizoma

Recepción: 16/10/2007  
Evaluación: 07/03/2008  
Aceptación: 16/08/2008

*Este artículo es un producto de reflexión.*

### Resumen

Se analiza el tema de la ciudad desde dos puntos de vista: el concepto de ciudad a partir del desarrollo y de la memoria histórica y arquitectónica, y la ciudad como un «videoclip», con base en las teorías de García Canclini; y en la segunda parte se desarrolla una mirada breve de la ciudad desde la literatura.

**Palabras clave:** Ciudad, Modernidad, Imagen, Literatura.

### Abstract

It is analysed the subject from two points of view: The city as a concept arising from the development and the historical and architectural memory, and the city as a «videoclip», based upon the García Canclini theories. In the second part a short view is developed from the literature stand point.

**Key Words:** City, Modernity, Image, Literature.



\*Profesora de la Escuela de Psicopedagogía UPTC.

Especialista en literatura y Semiótica. Grupo Rizoma.  
mantegna\_co@yahoo.com





## 1. Ciudad y memoria

*Solo en los informes de Marco Polo, Kublai Kan conseguía discernir, a través de las murallas y las torres destinadas a desmoronarse, la filigrana de un diseño tan sutil que escapaba a la mordedura de las termitas.*

(Las ciudades invisibles, Italo Calvino)



Reflexionar sobre la ciudad es un ejercicio que deriva en gran cantidad de posibilidades y miradas, por el hecho de que es en este lugar en donde se gestan todas las manifestaciones del pensamiento y las prácticas sociales de la humanidad. Si consideramos el antiguo concepto de ciudad, desde la Paideia griega, según el cual la llamada Polis era considerada como un lugar para disfrutar, como la expresión más perfecta de la organización social en donde los hombres podían desarrollarse plenamente, y lo comparamos con los nuevos conceptos que sobre las actuales ciudades se han venido construyendo, podremos inferir que el concepto de los griegos se conserva como un ideal y una quimera que sería la antítesis de nuestras nuevas ideas acerca del tema en cuestión.



*Cada habitante tiene su propia concepción frente a la ciudad. Es allí donde se gestan las ideas, los pensamientos, las sensaciones y las emociones en una relación simbiótica entre lo público y lo privado, lo colectivo y lo individual*

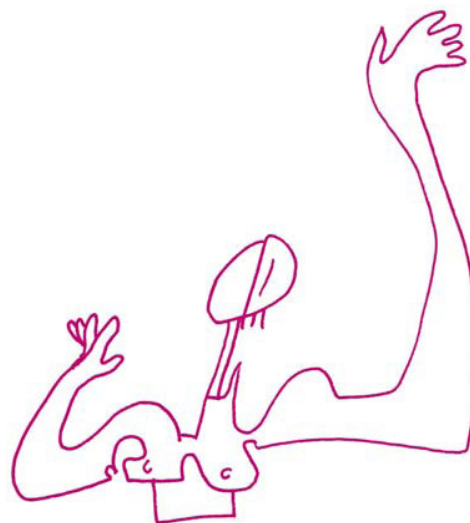


Si hacemos un recorrido histórico sobre el origen y la evolución de las ciudades sabemos que cada época ha determinado la idea que se tiene de ellas. En el medioevo, por ejemplo, las ciudades se desarrollaban alrededor del poder de la Iglesia y de los señores feudales. Posteriormente, con los humanistas del renacimiento y el barroco y con el advenimiento de la Ilustración, las ciudades se convirtieron en un punto de

reflexión de los postulados éticos y estéticos. Con la modernidad, el concepto de ciudad se enriqueció a partir de la división del conocimiento en diversas disciplinas, y con el ascenso del capitalismo la burguesía del siglo XIX, en respuesta a la preocupante migración masiva del campo a la ciudad, reaccionó propiciando el desarrollo de una vida cultural urbana rica en manifestaciones, sustentada en el progreso y el desarrollo a través de la tecnología y la industria, que ha degenerado en una cultura del ser anónimo, aislado, una ciudad mediatizada por los medios de comunicación, pues «la ciudad informatizada no necesita cuerpos reunidos sino interconectados» (Barbero:1998: 62),

Cada habitante tiene su propia concepción frente a la ciudad. Es allí donde se gestan las ideas, los pensamientos, las sensaciones y las emociones en una relación simbiótica entre lo público y lo privado, lo colectivo y lo individual. Actualmente, podríamos decir que la ciudad es leída para ser pensada e interpretada desde varias miradas.

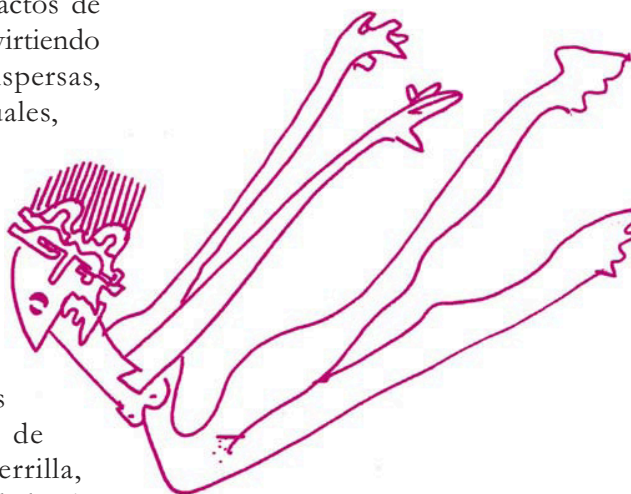
Las ciudades contemporáneas –y vamos a referirnos específicamente a las ciudades colombianas–, originalmente pensadas como escenarios de encuentro y devenir





de las relaciones sociales y los actos de comunicación, se han estado convirtiendo en ciudades fragmentadas y dispersas, trazadas como mapas individuales, ciudades habitadas por nómadas y desarraigados, centros de multiplicidad cultural ricos en expresiones y también en problemas sociales. Nuestro país ha sido una síntesis de guerras, de guerrillas y de violencia. El desplazamiento de los sectores campesinos víctimas de paramilitares, narcotráfico, guerrilla, militarismo y falta de oportunidades ha convertido las ciudades en verdaderos centros de descomposición social, verdaderos laberintos de hibridación cultural. Desde esta perspectiva, la ciudad no tiene una identidad definida, sino una suma de identidades particulares. Es común encontrar en un pequeño sector popular, llamémosle célula urbana, al vendedor ambulante, al burócrata, al artista, al delincuente, al colegio, la taberna, la iglesia, la tienda y el prostíbulo. De esta manera, la ciudad es un organismo que posibilita el fluir de todas las manifestaciones; podríamos decir que en este sentido el ser de la ciudad es democrático, compuesto por tierras de todos y de nadie en las que ha germinado una cultura del rebusque, por este motivo la calidad de vida desmejora día tras día.

Nada más útil para el hombre que el hombre mismo, dijo Baruch de Spinoza, pero posteriormente, y con la misma razón, Ferdinand de Céline proclamó: Donde está el hombre, está la mierda. Cabe preguntar: ¿la ciudad son los hombres y los hombres son la ciudad?



Decíamos que las épocas definen el concepto de las ciudades, y es imposible pensar las ciudades actuales sin tener en cuenta las teorías del pensamiento complejo, que consideran la sociedad como un proceso (Giraldo y Viviescas, 1998: 13), por ende, las ciudades también son definidas como procesos, como obras en permanente construcción. Su crecimiento descontrolado las conecta también a las teorías del caos, pues este crea vórtices y turbulencias y además posibilita aquel fenómeno conocido como «efecto mariposa», con incidencias políticas, sociales, económicas y culturales.

De esta manera, vivimos en urbes babélicas que crecen al azar, sin una planeación coherente y sin sentido, vistas como un plano o un mapa territorial en el cual se interviene sin tener en cuenta la realidad social, las necesidades de sus habitantes y la memoria histórica. Ciudades carentes de planes de desarrollo económico sostenible, sin políticas culturales definidas que construyan y afiancen una identidad y un respeto por lo multicultural.



*Las ciudades contemporáneas —y vamos a referirnos específicamente a las ciudades colombianas—, originalmente pensadas como escenarios de encuentro y devenir de las relaciones sociales y los actos de comunicación,*





La ciudad concebida como un objeto estético y de sentido debería ser pensada y construida desde la lógica y la poética. Para Lewis Mumford, la ciudad es, con el lenguaje, la más grande obra de arte creada por el hombre (citado por Salmons, 1998: 121), pero el urbanismo ha caído en el racionalismo desvertebrado como respuesta a intereses particulares de valorización, pasando por alto la memoria histórica, los ritmos urbanos, la integración de la arquitectura con el paisaje, los sueños colectivos, el placer estético que proporciona el diseño arquitectónico, los materiales, las luces, los colores, las texturas, las sombras, las perspectivas, los contrastes entre la verticalidad y la horizontalidad, etc.



Sin embargo, nuestras ciudades se debaten entre la innovación, llamada posmodernidad, con sus propuestas híbridas que recogen diferentes estilos y diferentes épocas, y los llamados pastiches, a veces verdaderos monumentos al mal gusto, y se debaten entre la conservación y la tradición, y la propuesta alternativa que respeta la memoria y las necesidades actuales de la humanidad, en contraste con esa otra parte invadida que crece como un carcinoma, como un descontrol de las células de ese organismo vivo que es la ciudad.

*En la mayoría de nuestras ciudades, el centro histórico ha ido desapareciendo paulatinamente; si bien se trata de conservar o restaurar su pasado a partir del legado arquitectónico, también es cierto que ha sido mutilado sin el menor respeto, sus casas abandonadas o convertidas en inquilinatos y parqueaderos.*

Otro aspecto para tener en cuenta en este primer apartado del texto tiene que ver con la memoria en relación con el patrimonio histórico y arquitectónico. Se sabe que el modelo europeo se basa en el respeto por el centro histórico, es así como lo nuevo se construye a su alrededor (Saldarriaga, 1998: 233). Hasta mediados del siglo XX, la identidad de las ciudades colombianas se basaba en el concepto del espacio público trazado como calles y plazas, lugares de tránsito y encuentro que proporcionaban

una unidad estética, teniendo al centro o a la plaza fundacional como el eje de los encuentros. Con el crecimiento desmesurado y las migraciones del campo a la ciudad, esta se extendió caótica; la continuidad y el orden desaparecieron, dando lugar a nuevas propuestas que responden a las demandas y necesidades del modo de vida de las distintas clases sociales.

El centro comercial se ha convertido en una nueva plaza, por sus características de permanencia y encuentro, dicen los analistas: «La plaza fundacional ya no es visitada por ciertos círculos o guetos sociales que han tomado los centros comerciales como refugio, en los cuales no habita el poder político o religioso con sus instituciones, sino el poder del consumo en el cual cabe todo tipo de mercancía: el supermercado, el cine, los video-juegos, las artesanías, las modas, que satisfacen deseos individuales inmediatos» (Pérgolis, 1999: 9). El encanto de mercar en las antiguas plazas de mercado, donde se percibía el diálogo y el contacto directo con los vendedores, el regateo y la tierra pegada a los alimentos, poco a poco ha ido quedando atrás, pues ahora el supermercado los ofrece con normas de asepsia y envoltorios plásticos, el consumidor ya sólo se relaciona con el producto, el código de barras y las tarjetas de crédito.

En la mayoría de nuestras ciudades, el centro histórico ha ido desapareciendo paulatinamente; si bien se trata de conservar o restaurar su pasado a partir del legado arquitectónico, también es cierto que ha sido mutilado sin el menor respeto, sus casas abandonadas o convertidas en inquilinatos y parqueaderos; en realidad, no se trata de un problema de nostalgia por el



pasado, sino de tener conciencia de que la memoria conservada y rescatada arquitectónicamente viene a convertirse en el sustento de una identidad representada en símbolos e imaginarios y en una ética ciudadana que consolide el sentido de ser ciudadanos. Si el que no conoce la historia está condenado a repetirla, se puede decir que quien no conoce o no se identifica con su legado histórico es capaz de destruirlo, esto significa nada más y nada menos que un retorno a la barbarie.

La forma como se maneje la memoria de una ciudad contribuye a la construcción del pensamiento de los ciudadanos y del tejido de una cultura ciudadana. Otra forma de borrar la memoria histórica es transformar estos espacios arquitectónicos en centros comerciales, instaurando de esta manera un nuevo orden de significaciones, en los cuales la forma es un mero adorno dentro de la nueva cultura del consumo. Es preocupante observar cómo se ha desconfigurado el centro histórico de las ciudades, convertidos en un caos de inseguridad, contaminación visual y auditiva; pasar por el centro de las ciudades capitales significa establecer un juego de gambetas entre el transeúnte, los carros,

los vendedores ambulantes, las basuras, los mendigos y la delincuencia. Imposible detenerse a mirar los balcones, las cúpulas, los aleros, las puertas, de allí el desarraigo y la falta de pertenencia de sus habitantes. Hay que reconocer que existen entidades estatales y privadas que están tratando de recuperar los centros históricos para turistas, bohemios o intelectuales, pero el habitante común, muchas veces re-conoce algunos lugares de su ciudad porque se los muestran en postales o en formas audiovisuales.

Rogelio Salmona, quien acaba de dejarnos y a quien hacemos un homenaje en este trabajo, es quizá uno de los arquitectos colombianos que desarrollo su obra con una clara visión ética y estética (son conocidos sus trabajos realizados como Las torres del parque, el edificio del Archivo Nacional en Bogotá, la restauración de la avenida Jiménez en Bogotá, La biblioteca Virgilio Barco y la Casa de Huéspedes en Cartagena). Para Salmona, «la utopía de la ciudad es aquella en la cual lo privado y lo público se funden en ella para lograr una ciudad humanizada en la cual la arquitectura tiene que integrarse a la naturaleza y no sobreponerse a ella» (1998: 127).



*En la mayoría de nuestras ciudades, el centro histórico ha ido desapareciendo paulatinamente; si bien se trata de conservar o restaurar su pasado a partir del legado arquitectónico, también es cierto que ha sido mutilado sin el menor respeto, sus casas abandonadas o convertidas en inquilinatos y parqueaderos*



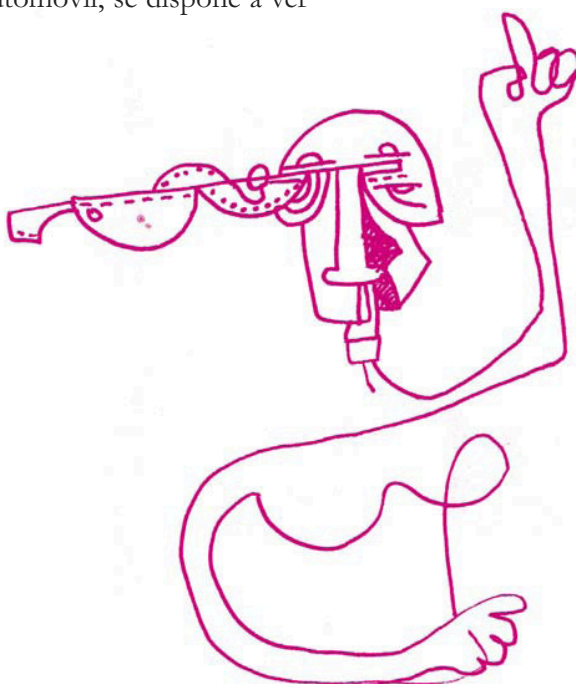
## 2. La ciudad «videoclip»

Como en los videoclips, andar por la ciudad es mezclar músicas y relatos diversos en la intimidad del auto y con los ruidos externos. [...] para ser un buen lector de la vida urbana hay que plegarse al ritmo y gozar las visiones efímeras.

(García Canclini)

El concepto de ciudad «vídeoclip» es tomado de García Canclini (citado por Cruz, 1998: 211). Tres elementos producen este efecto: la multiculturalidad, la fragmentación y la cultura del consumo. Vivimos el tiempo de los hijos y adoradores de los nuevos dioses, los mass media; habitantes de las ciudades expertos en manejar el control remoto del televisor, la Internet, los videojuegos, esclavos del fenómeno llamado zapping. Cuando usted, lector, sale de su casa y se instala en un bus, buseta o automóvil, se dispone a ver

pasar la ciudad, con su multiplicidad de imágenes, sonidos y olores, semejante al mencionado zapping o cambio de canales, pero en este caso, quien oprime los botones no es el individuo, sino la ciudad misma, construida con ritmos naturales y artificiales, que nos hablan de identidades particulares y colectivas. Así, la ciudad se ha convertido en una gigantesca red, signica y fragmentada, al decir de Pégolis –conocido arquitecto sensible a la mirada poética de las ciudades–, una red que va más allá de la descripción y la significación de las fórmulas, provocando en el observador–observado una recepción mediada por juicios de aceptación o rechazo. Esta nueva estética de la fragmentación ha dejado atrás la utopía colectiva de las aldeas, por la fantasía individual de las metrópolis el culto al hedonismo y al individualismo al que se refiere Lipovetsky en *La era del vacío* (2000: 105), que se revierte necesariamente en el desmembramiento de lo que es el sentido de la ciudadanía.



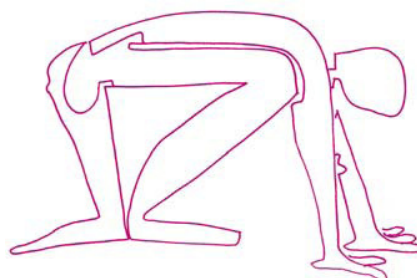


Otra expresión del afán individualista de la sociedad de hoy son los conjuntos cerrados de viviendas, propuestas antiurbanas, en las cuales van a vivir los individuos sin intenciones de carácter colectivo. A este respecto J. C. Pérgolis anota: «Son soluciones individuales para ciudadanos sin ciudad, vecinos que perdieron el sentido de ciudadanía y se encierran en sectores seguros, controlados por vigilancias privadas, impidiéndose mutuamente el paso, temerosos de que los invada la ciudad, este ente abstracto y lleno de extraños que puede perturbar la idílica paz de sus islas de fantasía» (1999: 11). Somos una sociedad que vive entre rejas. Es bueno traer aquí un relato de Ray Bradbury, que cita Rogelio Salmona, para mostrar el significado de los barrios privados como destructores de la fisonomía urbana:

*Un viejecito va caminando con un perro por la vía. Llegan unas brigadas motorizadas y con una ráfaga, lo bajan. Al día siguiente sale en la prensa: Peligroso sospechoso que se paseaba por la calle fue dado de baja. El peligro ha sido conjurado*

(En Salmona, 1998: 131).

Es común oír a los habitantes del norte de Bogotá decir que sus travesías llegan hasta la 72, donde está ubicado el Centro Granahorrar; ir más allá es arriesgar la vida, soportar la sordidez y las vergüenzas de la ciudad. En esos otros lugares está la ciudad segregada y popular; los extramuros que carcomen los cerros con sus emigrantes que trasladan la parcela; son lugares prohibidos en los que paradójicamente aún existen brotes de objetivos colectivos entre sus comunidades.



Si el viaje de los nuevos nómadas urbanos, como los denomina Cruz Kronfly, es a pie, la lectura de la ciudad será de carácter kinésico y proxémico, es decir, un lenguaje donde prima lo no verbal, lo no dialógico; la calle es el reino de las expresiones faciales, corporales y espaciales. Andar las calles significa el encuentro con el mosaico, con el palimpsesto y la sintaxis de imágenes y memorias, la imagen como objeto que se impone cotidianamente y mantiene la mente del espectador en constante movimiento (Cruz, 1998: 198).

Pero si vemos la ciudad como un «videoclip», la velocidad intrínseca no nos permite percibirla o mirarla en su totalidad. Existen ciudades ante las cuales hay que detenerse para desentrañarlas y seducirlas; son ciudades como mujeres recatadas que a primera vista no se muestran, sino que hay que ir hasta sus rincones y descubrirlas en sus intimidades (Pérgolis, 1999: 5). La ciudad-calidoscopio, la ciudad videoclip, con sus ochenta imágenes por minuto solo nos deja pequeños fragmentos en la memoria. Reconstruir la ciudad desde el deseo y la imaginación es hacer un alto en la velocidad de nuestro nuevo milenio y detenerse a mirar, para que las imágenes guardadas en nuestra memoria también se presenten con rallentis y paneos y acercamientos a lugares quizás solo de la sensibilidad particular, en otros tiempos colectiva. Que la poética de la cotidianidad callejera recupere en nosotros, nómadas del asfalto, la posibilidad del asombro.



*Es común oír a los habitantes del norte de Bogotá decir que sus travesías llegan hasta la 72, donde está ubicado el Centro Granahorrar; ir más allá es arriesgar la vida, soportar la sordidez y las vergüenzas de la ciudad.*





### 3. Ciudad y literatura

*Mural escrito en el viento  
 Adora a tu ciudad, pero no mucho tiempo  
 Olvida el tacto de sus piedras  
 Sé gentil a su paso y prosigue de largo,  
 No proyectes quedarte entre sus muros  
 Hasta confundirte con el paisaje.  
 Una ciudad no es fiel a un río ni a un árbol,  
 Mucho menos a un hombre.  
 Las ciudades se prometen al que llega  
 Pero no aman a nadie  
 Cuando se ven por las ventanas de un avión  
 Todas atraen  
 Con sus cumbres azules  
 Y largos bulevares rumorosos,  
 Pero al tiempo son sombras amargas.  
 Sus edificios nos vuelven solitarios  
 sus cementerios están llenos de suicidios  
 que no dejaron ni una carta.*

Eugenio Montejo (2001: 48)



*La literatura,  
 como creadora de  
 mundos, ha visto  
 en la ciudad una  
 vasta zona en la  
 cual los conflictos  
 humanos, los  
 goces, las  
 quimeras y los  
 engaños  
 deambulan en  
 medio de sus  
 murallas*

La literatura, como creadora de mundos, ha visto en la ciudad una vasta zona en la cual los conflictos humanos, los goces, las quimeras y los engaños deambulan en medio de sus murallas, calles, casas, edificios y plazas. El espacio físico no es tan relevante; más allá de las formas está lo que ellas nos sugieren; la travesía, el recorrido, quizá sea lo más importante, por eso el vivir en la ciudad recobra sentido si la atravesamos cotidianamente, con la conciencia plena de lo que ella nos ofrece o nos arrebata. La mirada literaria ha visto la ciudad como ciudad-hembra, ciudad-droga, ciudad-abismo, ciudad-prostituta – como en el anterior poema de Eugenio Montejo–, y un sinnúmero de analogías que la hacen un ente vivo y presente en el imaginario de los escritores.

La evocación de la arcadia o ciudad mítica, ciudad perdida, como retorno a los

orígenes o a los lugares de la infancia, ha sido motivo de novelas, cuentos, poemas y dramaturgias. Más allá del recuerdo, la evocación es la búsqueda de las raíces. Evocar las calles de la infancia, la casa familiar, las plazuelas, el color de las paredes, el líquen de las piedras, la inclinación del sol sobre un muro, la lluvia, el verdín de los tejados, proporciona una identidad y una pertenencia hacia los lugares que amamos. Esto dice en uno de sus poemas Aurelio Arturo, quien cantó a la Arcadia soñada de un país que ahora solo es recuerdo:

*Amo la noche  
 No la noche de las aguas melódicas  
 volteando las hablas de la aldea;  
 no la noche de musgo y del suave  
 regazo de hierbas tibias de una mozoela;  
 yo amo la noche de las ciudades (1992:  
 69).*

La literatura ha concebido ciudades disímiles. Desde La ciudad de Dios, de San Agustín, en el medioevo, hasta la ciudad útero, de Henry Miller, pasando por el París, de Víctor Hugo, y el Dublín, de Joyce o, en nuestro caso, Macondo, la ciudad fundacional y mítica de García Márquez en *Cien años de soledad*. Las poéticas urbanas son variadas y van desde lo rural hasta lo urbano, así como se han ido conformando las ciudades, con retazos de ladrillo y cemento y pequeñas parcelas de los barrios periféricos de invasión. De esta manera la ciudad ha entrado en un proceso de resignificación.

La travesía de los poetas y novelistas desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XX por las ciudades avizora las lacras de la sociedad urbana. En el poema *Londres*,





William Blake ve en la sífilis la imagen del contagio que envuelve a los habitantes, sometidos por los abusos de la Iglesia y la monarquía, o en la visión de Baudelaire, el poema *Le Signe*, que invoca la imagen de la africana febril que busca los cocoteros tras la muralla de bruma de la ciudad (Mojica, 1997: 10), o el horror de García Lorca en New York:

*¡Ay Harlem!, ¡Ay Harlem!, ¡Ay Harlem!*  
*No hay angustia comparable a tus ojos oprimidos,*  
*a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,*  
*a tu violencia granate sordomuda en la penumbra,*  
*a tu gran rey prisionero con un traje de conserje (1981: 82).*

Y más cercano, nuestro poeta Jaime Jaramillo Escobar en su poema:

*A la puerta de un pequeño restaurante*  
*donde entré un día*  
*se paró un hombre hirsuto que después de mirar*  
*se fue diciendo: ¿conque comiendo eh?*  
*me alegre, me alegre.*  
*Y su risa cayó en mi sopa como una araña negra*

La visión de la miseria y la amargura humanas hechas ironía.

Sin embargo, Walt Whitman, el gran poeta norteamericano, canta a las ciudades, las exalta, expresa su felicidad y optimismo por lo que percibe en ellas:

*El lugar donde se alza la gran ciudad*  
*no es sólo el lugar de grandes muelles,*

*diques, fábricas, depósitos de granos,*  
*(...)*

*Ni el lugar de los edificios más altos y costosos,*  
*ni las tiendas que venden artículos de todo el mundo,*

*Ni el lugar de las mejores bibliotecas,*  
*ni escuelas, ni el lugar donde hay más dinero,*

*Ni el lugar de la población más numerosa (...)*

*Donde se alza la ciudad que ellos aman, y que a cambio son amados y comprendidos por ella,*

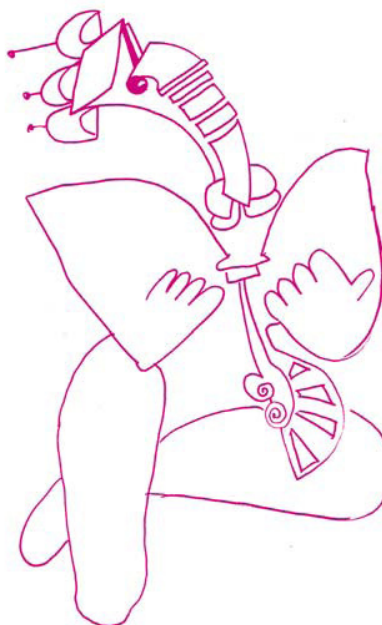
*Donde el pueblo se alza al unísono contra el inacabable descaro de los candidatos elegidos,*

*Donde la ecuanimidad se demuestra en los hechos, (...)*

*Donde se alza la ciudad de los amigos fieles, donde se alza la ciudad de los sexos limpios, donde se alza la ciudad de los padres más sanos,*

*Donde se alza la ciudad de las madres mejor dotadas,*

*Allí se alza la gran ciudad (1999: 63-65).*





La vida cotidiana de los escritores en las ciudades se ve reflejada en sus obras. En Colombia, los novelistas han dejado su legado, su visión propia de la ciudad. Roberto Burgos Cantor hace una sumatoria del tema:

*La atmósfera de hollín de los inquilinatos que relató José Antonio Osorio en El camino en la sombra; la impersonalidad de las vecindades descrita por Enrique Posada; la disolución de un sector de clase, iluminado por Luis Fayad en Los parientes de Esther; las parodias escandalosas de R. H. Moreno Durán en Los felinos del canciller y la trilogía Fémina Suite; los barrios de Humberto Valverde; los cinturones de miseria en Aires de tango, de Manuel Mejía Vallejo; las calles como espejo de soledad, de Alberto Sierra; los ritos de barriada, de Juan José Hoyos; las enormes construcciones de frescos culturales que hace Germán Espinosa; los casos de antropofagia y contrabandistas de Alberto Duque; los espejismos desolados de Óscar Collazos; las novelas de Laura Restrepo, Fany Buitrago y Marvel Moreno, y en la Bogotá de Mario Mendoza Zambrano donde la posibilidad de redención termina en la cloaca-tumba-alcantarilla; en la ciudad para armar, cruce de narraciones de Santiago Gamboa; las ciudades invadidas por el narcotráfico y la delincuencia, en las novelas: La virgen de los sicarios, de Fernando Vallejo; Rosario Tijeras, de Jorge Franco; Relato de un asesino y Satanás, de Mario Mendoza, entre otros (citado por Giraldo, 2000: 23).*

La ciudad es un mosaico de imágenes, olores, sonidos; calles que pueden ser largas serpientes por donde igual transita el

tránsfuga, el ángel o el ser anónimo. Para Fernando Cruz Kronfly, la calle ya no es un lugar de encuentro, sino de desencuentro, zaguanes de tránsito veloz, el precio que hay que pagar para ir de una casa a otra; por eso las calles definen la ciudad, y son los hombres y las mujeres quienes les dan sentido.

La ciudad ha sido objeto de observación y estudio de variadas disciplinas del conocimiento, es así como investigadores, sociólogos, antropólogos, filósofos, arquitectos, escritores, comunicadores y semiólogos han volteado su mirada para definir y desentrañar el sentido de las ciudades. Al respecto, Rodrigo Argüello apunta:

«Nada hay más polifónico y estridente, nada más premeditado y, a la vez, insospechable; nada más salvaje y grotesco, y a la vez civilizado, que la ciudad. Por eso es que quizá todos corremos hacia ella, hacia el carnaval: porque él nos brinda aparentemente todo el bienestar y espectáculo que necesitamos» (1998: 61).

La novela se ha explayado sobre las ciudades adentrándose en todos los temas: la arquitectura republicana de La Habana fue motivo de la escritura en Carpentier y Lezama Lima; las ciudades imaginarias, las ciudades literarias e invisibles de Italo Calvino han sido punto de referencia para muchos arquitectos y escritores, ciudades creadas desde la memoria, los signos y los deseos.

La ciudad concebida como una suma de redes intrincadas, redes emocionales y afectivas, es el punto de partida de las investigaciones de Pérgolis. Es a partir de la ciudad deseada e imaginada, a partir de la poesía, que este arquitecto ha afinado el



La ciudad ha sido objeto de observación y estudio de variadas disciplinas del conocimiento, es así como investigadores, sociólogos, antropólogos, filósofos, arquitectos, escritores, comunicadores y semiólogos han volteado su mirada para definir y desentrañar el sentido de las ciudades.





ojo; «tajar el lápiz para poner el punto» (1995: 5), afirma. Y es que el punto de encuentro entre el arquitecto y el escritor o el poeta está más allá de lo apolíneo, es cierto que a partir de una arcada, una torre, la curva de una escalera, una textura, el sonido del agua a través de canales, los silencios de los muros creados por el arquitecto, pueden los escritores evocar o crear escenarios o ir más allá de la realidad urbana, como en una de las obras de Moreno Durán, El caballero de la invicta, en la cual narra cómo Bogotá tuvo una red de metro, descrita estación por estación. La literatura se adelanta a los hechos. La literatura levanta sus monumentos movida por el deseo y la imaginación.

La ciudad es protagonista: «puede ser un mundo cuando uno ama a uno de sus habitantes», decía Lawrence Durrell en su Cuarteto, o puede ser un mar ruidoso, para Bachelard:

*Cuando el insomnio, mal de filósofos, aumenta con la nerviosidad debido a los*

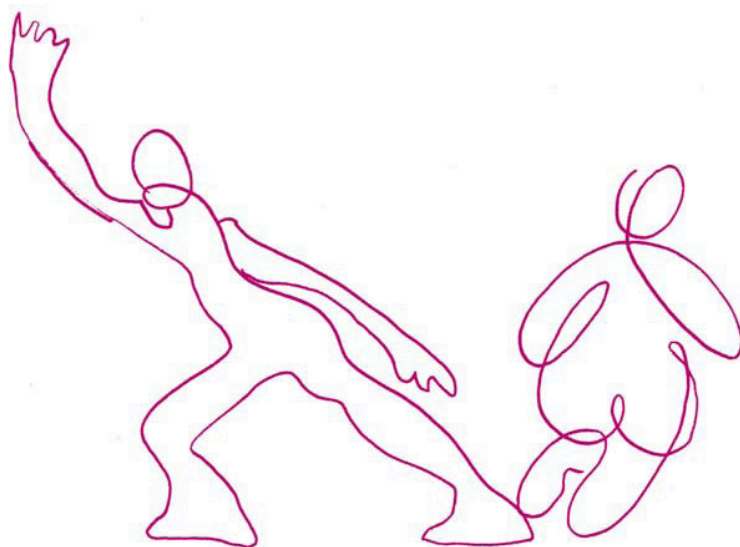
*ruidos de la ciudad, cuando en la plaza Maubert, ya en la noche los automóviles roncan y el paso de los camiones me induce a maldecir mi destino citadino, encuentro paz viviendo las metáforas del océano. Se ha dicho muchas veces que París deja oír en el centro de la noche el murmullo incesante de la ola y las mareas (1965: 63).*

El deseo de una ciudad siempre mejor, la utopía de la ciudad siempre ha existido, pero la modernidad, con sus principios de razón y progreso, ha erigido mitos modernos donde priman el hedonismo y el consumo.

El habitante citadino muestra con orgullo puentes elevados, los nuevos edificios, los centros comerciales, a costa de la memoria histórica y arquitectónica. Cruz Kronfly habla de la ciudad como crisis de sentido, pensada como una instalación, una hechura, o un artefacto, racionalmente controlado (1998: 212).



*La ciudad es protagonista: «puede ser un mundo cuando uno ama a uno de sus habitantes».*





En general, la ciudad literaria se construye de fragmentos de deseo; cada calle, cada ventana o portalón, o edificio bañado por el atardecer o la bruma, recibe nuestra dosis de afectos o desafectos, renacidos mediante el discurso o la narración, sin embargo, Pérgolis muy bien anota que no hay que confundir la ciudad con el discurso que la descubre, y es quizá el contacto cotidiano, la diaria convivencia, la que inhibe la asimilación de su poética. Tal vez, como sucede en el enamoramiento, solo la visita de vacaciones o la fotografía son las que permiten detenerse a contemplar

o a disfrutar, son las que permiten arrancar la belleza y la poética de las ciudades. El matrimonio, la convivencia diaria con ellas, va desgastando el amor hasta convertirlo en dos espejos que se reflejan mutuamente.

En síntesis, la ciudad –llámese París, Dublín, Buenos Aires, Jerusalén, Nueva York, Bogotá, Caracas, Tokio–, como realidad tangible o histórica, la ciudad creada e imaginaria de Kafka, Calvino, Faulkner, Borges u Onetti, estará presente y será motivo de observación, reflexión o inspiración en la humanidad que la sufre o la disfruta.



## Bibliografía

- ARGÜELLO, Rodrigo (1998): *Ciudad Gótica, Esperpéntica y Mediática*. Bogotá: Asociación Colombiana de Semiótica.
- ARTURO, Aurelio (1992): *Morada al sur*. Bogotá: Norma.
- BACHELARD, Gastón (1965): *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BARBERO, Jesús Martín (1998): «Comunicación y ciudad: sensibilidades, paradigmas, escenarios». En: Fabio Giraldo y Fernando Viviescas (comps.): *Pensar la ciudad*. Bogotá: T/M Editores, pp. 45-68.
- CRUZ KRONFLY, Fernando (1998): «Las ciudades literarias». En: Fabio Giraldo y Fernando Viviescas (comps.): *Pensar la ciudad*. Bogotá: T/M Editores, pp. 191-214.
- GARCÍA LORCA, Federico (1981): *Yerma, Poeta en Nueva York*. Barcelona: Bruguera.
- GARCÍA MORENO, Beatriz (1998): «En busca de la poética de la ciudad; la ciudad como obra de arte en permanente construcción». En: Fabio Giraldo y Fernando Viviescas (comps.): *Pensar la ciudad*. Bogotá: T/M Editores, pp. 171-190.
- GIRALDO, Fabio y Viviescas, Fernando (comps.) (1998): *Pensar la ciudad*. Bogotá: T/M Editores.
- GIRALDO, Luz Mary (2000): *Ciudades escritas*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- GONZÁLEZ DE MOJICA, Sarah (1996): «Narrativa hispanoamericana y ciudad». *Cuadernos de Literatura*. Universidad Javeriana. Vol. II, N.º 4, julio-diciembre.

En síntesis, la ciudad –llámese París, Dublín, Buenos Aires, Jerusalén, Nueva York, Bogotá, Caracas, Tokio–, como realidad tangible o histórica, la ciudad creada e imaginaria de Kafka, Calvino, Faulkner, Borges u Onetti.



- HOYOS JARAMILLO, Luis Eduardo (1998): «La inhabitable ciudad contemporánea latinoamericana». En: Fabio Giraldo y Fernando Viviescas (comps.): *Pensar la ciudad*. Bogotá: T/M Editores, pp. 215-224.
- LIPOVETSKY, Gilles (2000): *La era del vacío*. Decimotercera edición. Barcelona: Anagrama.
- MONTEJO, Eugenio (2001): *Tiempo transfigurado*. Carabobo: Ediciones Poesía. Universidad de Carabobo.
- PÉRGOLIS, Juan Carlos; Moreno, Danilo (1998): «Ciudad y ciudadanía en Colombia a fines del siglo XX». *Revista Nómadas* N.º 9. Bogotá: Universidad Central.
- PÉRGOLIS, Juan Carlos (1999): «Planos de la ciudad deseada. Deseo y estética del fragmento en la ciudad colombiana». *Magazín Dominical El Espectador*, N.º 636, enero.
- SALDARRIAGA ROA, Alberto (1998): «Memoria, movilización y comunicaciones entre la megalópolis y las redes urbanas». En: Fabio Giraldo y Fernando Viviescas (comps.): *Pensar la ciudad*. Bogotá: T/M Editores, pp. 225-238.
- SALMONA, Rogelio (1998): «La poética del espacio». En: Fabio Giraldo y Fernando Viviescas (comps.): *Pensar la ciudad*. Bogotá: T/M Editores, pp. 121-125.
- WHITMAN, Walt (1999): *Hojas de hierba*. Barcelona: Edicomunicación.